

En busca de la Tortuga Caná Cicloaventura por la Serranía del Darién

Erwin Andrés Ramírez Gómez

Licenciado en Educación Física, Universidad de Antioquia
(Colombia).

Correo: andreser27@gmail.com



Viajar nos llena de vida, nos llena de felicidad. Viajar nos enseña a respetar y amar la naturaleza, a compartir, discutir y afrontar dificultades que podemos llegar a vivir en ella. La naturaleza siempre nos da la bienvenida, pero debemos estar preparados para recibirla. Sea caminando, en bicicleta, volando, nadando, ella nos da lo mejor de sí. Viajar en bicicleta es una experiencia inolvidable y difícil de dejar. Te llena y te hace feliz, aunque en muchas ocasiones se sufra.

No es fácil practicar bicicleta de montaña, internarte en las montañas, en lugares inhóspitos alejados de la realidad en donde solo eres tú y tu bicicleta, tu compañera inseparable. Cada pedaleo es disfrutado, y, en muchas ocasiones, sufrido, pero aprendemos a disfrutarlo, a soportar el dolor en la nalga que, a veces, se siente hasta en el alma.

Hoy les relataré la historia de un viaje en bicicleta por la Serranía del Darién Chocoano, un viaje que realicé hace más de 2 años y hoy repito con mis amigos.

El viaje daría su inicio en el municipio de Turbo, para subir por el río Atrato hasta llegar a Puerto Unguía, en donde inicia el pedaleo. Desde allí pasaríamos por Unguía, Santa María, Gilgal, Balboa, Titumate, Acandí, Capurganá, Sapzurro y la Miel. Para aquellos que no

conocen esta zona, tan importante para el mundo, les contaré un poco acerca de su geografía e historia.

Este viaje se desarrolla en el noroccidente de Colombia, entre los territorios del Urabá Antioqueño, Urabá Chocoano y Panamá. Urabá es una región compuesta por los departamentos de Antioquia, Chocó y Córdoba. Comprende el valle del Sinú, hasta la cuenca del Atrato, abarcando la cuenca del golfo de Urabá y parte del nudo de Paramillo.



FUENTE: EL URABÁ ANTIOQUEÑO: UN MAR DE OPORTUNIDADES Y POTENCIALIDADES



Fuente: <http://pueblosoriginarios.com/>

El Urabá Antioqueño está constituido por once municipios: Arboletes, Apartadó, Carepa, Chigorodó, Mutatá, Murindó, Necoclí, San Juan de Urabá, San Pedro de Urabá, Turbo y Vigía del Fuerte.

La ubicación geográfica de Urabá ha favorecido el tráfico de armas, de personas, de drogas ilícitas y de animales, y además es un importante corredor para los grupos armados. El Urabá Chocoano está compuesto por los municipios de Unguía y Acaandí, que se encuentran en la frontera con la República de Panamá, sobre el Mar Caribe.

Con muchas ansias del viaje nos encontrábamos. En esta ocasión me acompañarían mi hermana Diana Ramírez; una amiga de ya varios años, Diana Vergara; el “socio” John Jairo; Hernán, a quien ya conocía en algunas caminatas y Sergio Benjumea, a quien apenas había visto en alguna ocasión en una caminata.

Lastimosamente no me acompañaría mi bicicleta, por su mal estado, y no soportaría este viaje, así que John Jairo me prestó una de las veinte que tiene. Es broma. Tiene cuatro bicicletas, de las cuales todas irían a este viaje, una para él, de a una para las Dianas y una para mí ¡Buen alquiladero de bicis! A mí me tocó la bicicleta llamada por ellos *la prostituta*, pues todos la montan y, al parecer, no se lleva bien con las mujeres.

Y, por fin, llegó el día uno, sábado doce de abril. Nos encontramos en la terminal del norte de Medellín, a las nueve de la noche, para esperar a Hernán, quien llevaría nuestras bicicletas desarmadas. Hernán es el duro de la mecánica para bicicletas, ya que tiene un almacén y taller en donde vende de todos los precios, colores y sabores.

A las nueve de la noche estamos mi hermana y yo en la terminal esperando a Hernán con las bicicletas y ¡Oh sorpresa! cuando llega en un taxi con cinco bicicletas en su interior. Nunca me imaginé que se pudieran acomodar tantas bicis dentro en un taxi, cuando escasamente se logra acomodar una. Momentos después, llegan sobre el tiempo Diana V., John Jairo y Sergio. Desarmaditas y empacadas las llevamos a la zona de abordaje, donde las montamos en el guardaequipaje del bus.

Antes de subirnos al bus aparece repentinamente Lucho, otro compañero de viaje con quien no he compartido mucho, pero lleva años viajando con nuestro grupo de amigos. Esta sorpresa generó mucha felicidad en los compañeros, pues, por lo general, Lucho es un gran animador de los viajes con sus chistes, historias y a veces guachadas.

A las diez de la noche inicia nuestro viaje, en bus, hacia Turbo. Nos demoramos, aproximadamente, ocho horas. Al llegar allí nos disponemos a desayunar, a armar las bicicletas y a desplazarnos al muelle, El Waffe, uno de los lugares más desagradables y caóticos que he conocido, porque es la cloaca de Turbo, infestado de basura, olor a putrefacción y agua sucia.

El desorden en este muelle es impresionante. Todos te quieren vender tiquetes, todas las lanchas salen retrasadas, todos los días se varan, dejando a las personas horas y horas en el mar abierto. Los accidentes son comunes. Personas golpeadas, algunas vuelan de la lancha al mar y otros llegan a su lugar de destino solo para salir de urgencias en avioneta, buscando un hospital debido a los golpes sufridos durante el recorrido. He escuchado historias de personas que han perdido algunos de sus dientes y se han fracturado la mandíbula o la nariz en estas lanchas cuando se dirigen a cualquiera de las playas de esta zona del Chocó.

Finalmente, y después del consabido desorden y enojo con quien nos reservó los tiquetes, y con la dueña de la lancha, abordamos nuestro transporte a las once de la mañana. Se acomodaron las bicicletas en la parte delantera de la lancha e iniciamos nuestro viaje por el Golfo de Urabá, en el mar Caribe.

Entramos pues a esta pequeña lengua de mar que es el Golfo de Urabá. Fue nombrado por los cronistas de los siglos XVI y XVII como golfo del Darién, por su proximidad a la serranía que lleva este mismo nombre. A sus orillas se ubican poblaciones como Turbo, Necoclí, Acandí y Santa María la Antigua del Darién, primer asentamiento europeo en América en 1510, que, en la actualidad, es un corregimiento olvidado del municipio de Unguía, Chocó.



La línea azul indica el recorrido realizado

Iniciamos, como lo mencioné, saliendo de El Waffe, intentado que esas aguas putrefactas no nos salpicaran. Lo único que se puede ver es el manglar infestado de basura y de ranchos en donde habita la gente de forma precaria.

Poco después de salir de El Waffe, por fortuna el mar empieza a cambiar, paulatinamente, de color y de olor. Ya podemos estar un poco más tranquilos, mientras sigue nuestro viaje hacia el punto en donde se une el mar con el río Atrato, lo que, técnicamente, se llama Delta. Allí el mar se torna de color café, debido a la sedimentación que baja con el río. Finalmente dejamos el mar e ingresamos al río Atrato por Boca Coquito, en la desembocadura de uno de sus brazos al mar.



Nos encontrábamos en el río por el cual se efectuaron las primeras exploraciones al interior del continente en 1511 por Vasco Núñez de Balboa. Nos encontrábamos viajando por la historia. El paisaje cambia súbitamente. El verde se apodera de nuestros ojos. Grandes extensiones de manglar se conjugan con el color tierra del río. Es un paisaje tranquilo y muy armonioso.



Mientras disfrutamos del panorama, llegamos a otro brazo del río Atrato, mucho más grande, donde la imponencia del río aumenta de manera impresionante. Pasamos por la población *Bocas del Atrato* mientras seguíamos hacia la parte principal del río. Todos –y yo una vez más– quedamos extasiados con su majestuosidad, con su grandeza. Es un río imponente, rodeado de naturaleza, en pugna constante con ese también mar verde que es la exuberante vegetación.

Un poco más adelante comenzamos a notar los estragos causados por un incendio ocurrido unos ocho días antes de nuestro viaje. El municipio de Unguía estaba siendo devastado por un voraz incendio. Cerca de mil hectáreas de bosques fueron destruidos. Gran cantidad de aves, monos y manatíes murieron incinerados, mientras el gobierno se hacía el de la vista gorda y los oídos sordos, lo que no nos resulta raro, pues la naturaleza

nunca ha sido prioridad en nuestro país. Con promesas del gobierno de enviar helicópteros para apagar el fuego, intentaron apaciguar a la gente, pero, finalmente, ayudaron solo un día, sin resultar para nada efectivos. Fue la misma naturaleza quien, después de meses de un fuerte verano, decidió regalarse una refrescante lluvia justo el día en que todo parecía estar perdido. Fue la misma naturaleza la encargada de evitar que el fuego se extendiera por todo el territorio.

Más tarde salimos del río Atrato, para adentrarnos en la ciénaga de Unguía, que parece un pequeño mar rodeado de verde y cubierto por el azul del cielo. Desde allí nos adentramos por un pequeño caño, hasta llegar al muelle en Puerto Unguía, un lugar a mi parecer hermoso, con casas sencillas, árboles, el agua muy clara y diversas embarcaciones artesanales.



Puerto Unguía-Unguía (Chocó)

Bajamos el equipaje y las bicicletas para armarlas y dar inicio a nuestra aventura en bicicleta. Esta vez me proponía disfrutar el viaje en toda su magnitud, pues la primera vez, ansioso frente al reto y lo desconocido, se realizó muy de afán, pasando de largo por cada lugar. Pero, definitivamente, no hay nada mejor que disfrutar de cada lugar, de cada instante, de cada momento con los amigos.

Tomamos nuestras bicicletas y empezamos la pedaleada con bastante hambre. Ansiábamos una deliciosa sopa, pero antes deberíamos avanzar aún unos veinte minutos para llegar a Unguía. Al llegar, buscamos almuerzo en varios lugares, sin éxito alguno, hasta encontrar, finalmente, un restaurante un poco escondido, y fue este el lugar elegido para reponer nuestras fuerzas. Mientras mis compañeros entraban, me quedé afuera, organizando la bicicleta y el equipaje, y la gente me miraba y me preguntaba de dónde veníamos, si éramos extranjeros, si veníamos por todo sur américa montando en bicicleta, etc. Les conté la historia y todo lo que ellos querían saber, pues es muy raro ver un grupo de ciclistas por esos lados.

Mientras pensaba si era bueno dejar las bicicletas ahí afuera, un señor me dijo:

- Joven, déjelas ahí tranquilo, que por aquí no roban y nosotros les ponemos cuidado

Le creí y entré al restaurante sin problema. Siempre he pensado que en los lugares donde hay carencia de todo, la honestidad de la gente es mayor.



Unguía (Chocó)

Repuestos, en forma ya para nuestra empresa, seguimos con la pedaleada rumbo al corregimiento de Gilgal, en donde pasaríamos la primera noche. Pero antes, deseaba con ansias llegar al Río Tigre para darnos una buena refrescada y pasar un poco el trasnocho del viaje. Este río lo recordaba grande y muy cristalino, pero al llegar allí empezamos a notar los estragos de un verano que ya llevaba más tiempo de lo normal. Aunque muy bajo su caudal, por fortuna el río seguía siendo cristalino y a él nos lanzamos a refrescarnos y a descansar, para continuar con el viaje. Diana V. imitaba a Dory, el personaje olvidadizo de la película Buscando a Nemo. Cantaba y cantaba como Dory, mientras reía de felicidad. John Jairo, mientras tanto, sacaba un cuadro de jabón rey para darse un baño, a la vez que todos reíamos, pues ver a John bañándose con jabón rey es como ver a un perro volando, algo que considerábamos imposible para alguien como él, tan impecable y fino con sus costumbres de aseo.

Al rato continuamos con nuestro recorrido y llegamos a Santa María –otra, no Santa María la Antigua del Darién–, un lugar muy tranquilo, verde y atractivo. Hasta pensamos en pasar la noche allí, pero ya teníamos nuestro alojamiento reservado en Gilgal.

La pedaleada continúa ya de noche, hasta llegar a Gilgal a eso de las siete de la noche. Allí nos dispusimos a buscar las residencias de doña Carmencita, en donde nos esperaba la primera noche. Al llegar, no podíamos creer que fuera el lugar tan agradable y la señora tan amable. Una pequeña casa de dos pisos, con acogedoras habitaciones y los infaltables toldillos y ventiladores.

Mientras nos ubicábamos, doña Carmencita fue a conseguirnos la cena, al tiempo que escuchábamos las palabras del sacerdote, que se transmitían a todo el pueblo por medio de un megáfono desde la iglesia. Nos dirigimos a cenar a un restaurante, al lado de la iglesia, donde La Niña, una señora de unos sesenta años a quien todos llaman así.



Mientras cenamos ella nos cuenta parte de su historia: lleva toda su vida viviendo en Gilgal, sufrió los estragos de la violencia, pero aun así nunca se fue. Para ella ese es su hogar y le gusta mucho.

Al terminar la cena, también termina la misa y veo, con curiosidad, que sale de la iglesia una buena cantidad de indígenas, lo que me hace pensar en las imposiciones de la iglesia desde muchos siglos atrás y la forma como acabaron con las creencias milenarias de los indígenas de toda América.

Al fin nos vamos a dormir. Todos muy cansados, nos acostamos en medio de la bulla de los grillos y las chicharras.



Al amanecer nos recibe Carmencita con tinto y una bandeja llena de amarillitos y deliciosos mangos, de esos que, al comer, se chorrean por entre los dedos, pero uno no deja escapar ni una gota. Además, una guanábana que alguien dejó olvidada allí, fue alegremente devorada por los viajeros. Nos sentíamos en el mejor hotel del mundo, rodeados de árboles, cantos de aves, un clima excepcional y la tranquilidad que solo allí se consigue.

Nuevamente tomamos nuestro equipaje y bicicleta para continuar con el viaje. Nos despedimos de Carmencita, muy agradecidos por sus atenciones y por el lugar tan especial en el que vive.

No tardamos mucho en detenernos en el camino para que un árbol lleno de mangos nos invitara a comer de sus frutos. Bajo su sombra nos ubicamos mientras disfrutábamos de los alimentos que nos proporciona la naturaleza. Unos metros más adelante nos vemos obligados a parar nuevamente ya que otro árbol, esta vez de rojas y deliciosas ciruelas, nos llamaba a él: el paraíso, ¡qué frutos tan deliciosos!



Comiendo mango rumbo a Balboa

Seguimos con la pedaleada mientras veíamos al frente pequeñas casas hechas con madera y paja. Allí se encontraba una comunidad indígena perteneciente a los Embera. Desde lo lejos nos miraban y saludaban con cierta precaución, no sabemos si por pena o temor de acercarse a nosotros, a esos extraños blancos en bicicleta.



Cruzado el río Tanela

Más adelante encontramos el imponente río Tanela, bastante grande y de aguas cristalinas. La primera vez que pasé por este río realmente no lo pude apreciar en todo su esplendor, ya que eran las siete de la noche y estaba totalmente oscuro y crecido. Entonces, si no hubiera sido por un indígena que casualmente se encontraba allí, nos hubiéramos visto en grandes dificultades

para cruzar el río, pues no teníamos ni idea de donde atravesarlo, ni que tan profundo era. Amablemente nos llevó por el lugar adecuado y el agua pronto estuvo por encima de mi cintura, por lo cual tuve que echarme la bicicleta al hombro, asunto bien difícil ya que llevaba el equipaje en la parrilla y pesaba demasiado. Casi no podía con ella. Mientras el agua intentaba llevarme, pensaba que si tambaleaba un poco quedarían totalmente perdidos mi equipaje y bicicleta (o hasta el mismo viajero) en las aguas del río Tanela.

Haciendo mi mayor esfuerzo mantuve la bicicleta al hombro, mientras solo deseaba alcanzar la orilla, pero nada que llegaba y no la podía ver, parecía imposible, hasta que por fin lo logramos y ¡qué alivio! Por fortuna, nada grave pasó.

Regresando a la actualidad, era de día y el río se encontraba muy bajo y con poca corriente, lo cual hacía que las hojas y el sedimento quedaran estancados, haciendo poco atractivos los puntos con charcos, por lo cual decidimos continuar hacia Balboa, en donde podríamos disfrutar del río Natí.

Algunos kilómetros más adelante se encontraba el desvío para las playas de Titumate, donde decidimos bajar a almorzar, lo que aumentó dos horas más de lo planeado el recorrido. Al llegar a Titumate nos sentamos en la playa a disfrutar del panorama y a tomar una cerveza, mientras esperábamos el almuerzo.



Almorzamos, dormimos un poco y tomamos el camino de regreso a Balboa, con el fin de ir al río Natí. Muy distinto a como lo recordaba, turbulento y café, en esta ocasión el río estaba muy bajo y cristalino. Allí nos dimos un baño hasta las seis de la tarde, mientras disfrutábamos de una gigantesca luna y John Jairo utilizaba el jabón rey para bañarse, lavar su ropa y la de las chicas ¡Qué cuadro tan extraño!

Salimos del río rumbo a los famosos termales de Balboa, a unos doscientos metros del río. Llegamos allí esperando que no estuvieran llenos. El agua tenía una temperatura realmente agradable, que nos brindó un descanso más que merecido para nuestros cuerpos. Mientras lo disfrutábamos, Lucho preguntaba a dos muchachos si en la noche no se volaban las parejas para el termal a hacer de las suyas. Muy risueños, respondió uno de ellos:

– ¡Yo solo sé que por aquí en la noche espantan! Eso se escuchan gemidos y sonidos extraños como aaah, uuuh, siiii, y además empieza a haber un curioso oleaje en el termal.

La ingeniosa respuesta nos hace reventar de risa, mientras esperamos no estar mezclándonos con de los genes de alguien. Salimos del termal y nos disponemos a buscar el alojamiento. Antes de ubicarnos, la chica del hotel nos dice que, si deseamos ventilador toda la noche, debemos pagar cinco mil pesos adicionales por habitación, para dejar la planta prendida, porque la energía eléctrica se iba a las once de la noche, a lo cual accedimos. La luz se fue y la planta no se prendió, ni los ventiladores, y así nos tuvimos que acostar, un poco preocupados por las Dianas, pues su habitación no tenía ventilación por ningún lado.

Pasaba la noche, cuando, de repente, se enciende la luz y un estruendoso ruido nos despierta a las tres de la madrugada. La chica del hotel había olvidado encender la planta y decidió hacerlo a estas horas de la madrugada. No pude evitar decir para mis adentros: esta es mucha... Y lo peor es que yo estaba muy cerca de la planta, por lo cual me tocó todo el ruido y olor a gasolina.

No habiendo más qué, intentamos dormir esas últimas horas. Al levantarnos, la chica se disculpó. De todas formas lo hecho estaba hecho, y solo era esa noche allí, afortunadamente. Las Dianas agradecieron que se encendiera el ventilador por un rato, pues se encontraban totalmente encerradas en una sauna.

En la mañana les recordé a los muchachos lo duro que me había parecido el tramo que realizaríamos en esta jornada, desde Balboa hasta Acandí, que fue un recorrido muy exigente, con mucho pantano y ríos crecidos, y debían estar predispuestos a lo que se nos venía.

Empezamos el recorrido por carretera destapada, para detenernos a la hora en un charco del río Titisa, donde nos metimos nuevamente a disfrutar de las aguas del Darién. El charco estaba espectacular, el lugar, la temperatura, el color, todo era apto para disfrutar. En tales estábamos cuando John le lanza a Diana V. la cámara GoPro y, mientras se desplaza por el aire, vemos que ella no alcanza a sujetarla y cae al agua, e inmediatamente empezamos a buscarla, muy tranquilos, pues no había forma de que se dañara o perdiera en este punto.



Río Titisa

Pero, curiosamente, entre cuatro que estábamos allí no la podíamos encontrar. Buscábamos y buscábamos, y nada, lo que nos empezaba a preocupar. Mi hermana me pidió que trajera la careta, para buscarla más fácil. Salgo corriendo a mi bici, saco la careta, me la pongo, busco, busco, y no encuentro nada. Decido, entonces, hacerme a un lado y entregársela a Lucho, a ver si él logra encontrar la cámara, cuando, de repente, veo a John grabando la situación. Sí, grabando con la misma cámara que lanzó, que Diana V. no pudo atrapar y que llevábamos ya un buen rato buscando. En mi mente, solo en mi mente, profiero en su contra más de un insulto, mientras me río del hecho, recordando además que justamente había pensado que nos estaban jugando una broma. De todas formas me quedo callado, mientras mi hermana y Lucho seguían buscándola, pues los demás ya sabían que era una broma: Sergio, Hernán, Diana V. y John, todos unos traidores.

Le aviso a mi hermana para que voltee a ver la cámara y deje de buscarla. En su cara se pudo ver una expresión de rabiecita con risa, como con ganas de agarrar a golpes a John, pero también se quedó calladita mientras Lucho buscaba y buscaba insistentemente. Seguía muy preocupado, se sumergía y se sumergía a buscar, mientras nosotros nos reíamos y nos íbamos uniendo a la broma. Finalmente vio la cámara y notó nuestros maliciosos rostros al no contarle, y no le quedó más que hacer que reírse de forma sarcástica mientras Diana V. y John Jairo reían a carcajadas y explicaban lo sucedido ¡Qué malditos... nos gozaron a todos!



Todavía entre risas continuamos la pedaleada hacia El Montadero, lugar en donde la carretera se acaba, e ingresamos a un espeso bosque en donde hay una quebrada que hace la vez de camino y que es difícil de pedalear hasta cierta parte. Luego se vuelve un agradable sendero con pequeños arroyos para disfrutar. Al salir del bosque llegamos a los potreros, en donde

nos encontramos de nuevo con indígenas de la comunidad Embera Chidima, pertenecientes a la etnia Embera Katios, que se acercan a nosotros con el fin de ofrecernos algunas de las artesanías que fabrican para ganarse un dinero para su sustento.

Más adelante nos espera el primer paso del río Tolo, en donde no es posible pedalear ya que la quebrada tiene piedras bastante grandes y el camino se nos vuelve algo confuso, pero, finalmente, encontramos su continuación. Claro está, antes de seguir nos damos otro refrescante baño, mientras Lucho nos saca otra sonrisa con su curiosa imitación de un delfín de río y Diana V. hace su interpretación de Dory. Definitivamente nos tomamos muy en serio el propósito de gozarnos la travesía.



Continuamos el recorrido por un angosto sendero que atraviesa grandes potreros, mientras yo me sentía como un mentiroso. Aquello que les decía horas antes, “es un recorrido muy duro, con mucho pantano”, era totalmente falso. El camino se encontraba en condiciones óptimas, las mejores, era increíble, no podía creer la diferencia con respecto a la travesía anterior. Esta pedaleada la estábamos disfrutando mucho. El camino, el paisaje, el ganado corriendo de lado a lado, todo era perfecto.



Llegamos nuevamente a otro paso del río Tolo en donde se forma un charco de unos cuatro metros de profundidad, muy cristalino. Allí, como es raro en nosotros, y muy consecuentes con nuestra consigna, nos quedamos un rato más disfrutando del agua, pues era un lugar de ensueño para nadar y descansar.

¡Uuuf! Continuamos nuestro camino rumbo al siguiente paso del río Tolo, en Peñalosa, lugar en donde finalizan los potreros e inicia la carretera destapada hacia Acandí. Antes de llegar al río intenté pedalear en un arenoso, y, de repente, mi bicicleta traquéó, el tensor se levantó completamente y se metió entre los radios, mientras se reventaba la cadena. Cuando Hernán vio la situación, esto dijo: “¿Si ve? Por andar forzando la bicicleta”. Cuando escuché eso, con el tonito en que lo dijo, me dio como rabia y decidí seguir caminando con una sonrisa en la cara para no alegar. Viejito hijuemadre tan alegón. Pero finalmente no me enojé más, pues entendía que Hernán tenía el ánimo por el piso y estaba algo voluble ya que tenía una uña encarnada que lo estaba matando ¡Pobre!

A cruzar el río Tolo fue necesario buscar la forma de reparar la bicicleta. Llegó Hernán regañando y con cara de enojo, diciendo que nosotros íbamos a toda mientras él no podía caminar con su uña encarnada. No podíamos hacer nada más que reírnos y reírnos, mientras él tomaba la bicicleta para arreglarla.



El tensor y la uña de la bici estaban destrozados –como también lo estaba la uña del pobre Hernán–. La cadenilla estaba reventada y fue necesario hacer unas cuantas marañas para unirlos con un pedazo de cadena que traía Sergio en su herramienta. Colocamos la cadena en el segundo plato y en el tercer piñón, así que ya no tenía cambios, pero el recorrido seguía por carretera destapada sin mucha elevación. Al iniciar el pedaleo la cadenilla no dejaba de caerse, no podía pedalear y nos faltaban aún unos quince kilómetros, entonces

decidimos intentar rodar empailado, con la cadenilla en el plato grande y el piñón pequeño. Todo esto, traducido al español, quiere decir: haciendo mucha fuerza.

De esta manera mejoró el pedaleo, ya se no se caía la cadenilla y, por lo tanto, decidí rodar rápido para evitar forzar la cadenilla y que se reventara de nuevo. Empecé a rodar a muy buena velocidad mientras tras de mí se unían Lucho, John, Sergio y Diana V. Alcanzamos un ritmo excelente y pedaleo constante hasta llegar al puente, antes de entrar a Acandí, en donde esperamos a los demás.



Río Tolo

Con un día más de pedaleo nos dispusimos a buscar nuestro hotel. Allí solo se disponía de tres habitaciones con cama doble, por lo cual analizamos la forma para distribuirnos. Afortunadamente, para la mayoría de nosotros nunca ha sido problema compartir la cama con un hombre o una mujer, lo que es normal en los viajes. Como siempre, las Dianas quedaron en una habitación, Hernán y John en otra, Sergio y Lucho en otra y yo me acomodé en una colchoneta en la habitación de las chicas.

Al que sí vimos con mucha duda con respecto a su pareja fue a Sergio, pues veíamos en su cara no sé si descontento o temor de compartir la cama con Lucho, pero no tenía otra opción, no había más.

Dimos un vuelton por Acandí y nos fuimos a cenar a un restaurante, del cual no recuerdo su nombre, pero sí el nombre de su dueña, doña Luz Elena, y el de su hija Beatriz, una chica muy amable, sonriente, agradable. Y Luz Elena, la típica señora que siempre está de mal genio, pero intenta ser amable y no lo logra. Es de esas personas que siempre se están quejando porque trabajan mucho. No era muy agradable el ambiente, pero la comida sí era muy buena, y la disfrutamos, en especial Diana V., con sus infaltables patacones con salsa de tomate y mayonesa, que en realidad más parecía salsa con patacones ¡Qué cosa!

Al día siguiente teníamos planeado ir a los charcos del río Batatilla, un lugar que no se puede dejar de visitar. Estaba a unos cuarenta minutos de pedaleo, pero ni el trasero de John, ni la uña de Rubio, estaban dispuestos a sufrir este día. El día anterior podía ver esa cara de preocupación e incomodidad de John por el dolor en su trasero, motivo por el cual

contratamos dos motos que los llevaran a los charcos, mientras los otros cinco nos íbamos en bicicleta. No lo puedo negar, mi trasero también me dolía, pero era soportable.

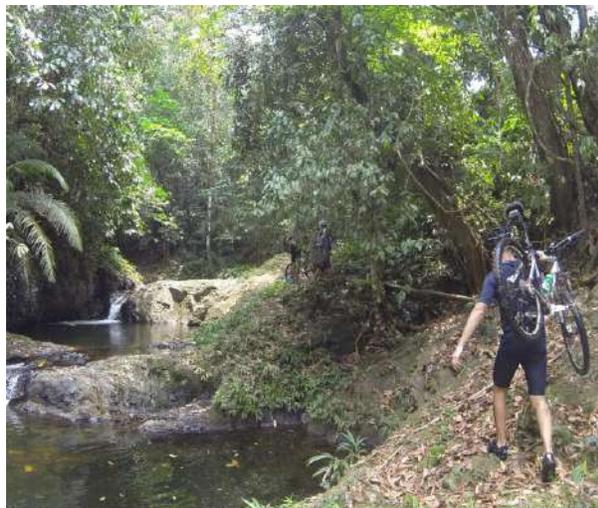


Charco en el río Batatilla

Llegando al charco es necesario caminar unos minutos por el río, cargando la bicicleta hasta alcanzar la poza principal, un charco inmenso con una cascada de unos siete metros. Nos disponemos de nuevo a disfrutar de otro de los charcos del Darién ¡Y uno de los mejores! Tomo mi cámara, la pongo dentro del pantalón para dejar las manos libres, entro al agua, saco la cámara, no prende, ¿Qué pasó? Aaah, no le puse la tapa impermeable. Pensé, ¡me la tiré! y solamente salí callado

del agua y la puse a secar mientras volvía al charco a disfrutar de un buen chapuzón. Me dispongo a escalar por las raíces de un gigantesco árbol al lado del charco, del cual se puede saltar desde unos cinco metros.

Seguía el próximo salto desde un lado de la cascada, a unos siete metros. La escalamos por un lado y di ese gran salto para sentir el inmenso vacío en mi estómago. Desgraciadamente en el aire siento un fuerte dolor en las costillas y esto me hace caer un poco mal, pero sin problema. Me doy cuenta que, de nuevo, se me han resentido las costillas, pues antes del viaje llevaba quince días con un espasmo intercostal y venía tomando medicamento para mantener el dolor a raya.



Cargando la bicicleta por el río Batatilla

El dolor se tornó nuevamente muy molesto y no me permitía flexionar el tronco o levantar cosas pesadas. Allí me preocupé, pues ya no sabía si podría continuar con el viaje. Me quedé tranquilo un rato en el charco para mitigar el dolor, hasta que emprendimos el regreso hacia Acandí. Fue muy dolorosa e incómoda la salida, pues no era capaz de hacer

fuerza para cargar la bicicleta. Al final, con la ayuda de Lucho y mi hermana, la puede sacar.

Al llegar al hotel me tomé un analgésico y un antiinflamatorio con el fin de disminuir el dolor, ya que en la noche nos iríamos para el Parque Nacional Natural Playona a ver desovar a la tortuga Caná. Aun no sabíamos cómo iríamos, si caminando o en lancha. Caminando sería una jornada muy larga, y en lancha no había quien nos llevara y nos recogiera donde queríamos. Finalmente, una chica muy amable nos contó que había una carretera hasta Playona, por un caserío llamado Goleta, y que un mototaxista nos podría servir como guía para llegar a este lugar.



Tomamos entonces la decisión de ir en bicicleta con la compañía del mototaxista, de quien se me escapa su nombre, y que llamaré Juan, con fines prácticos. A las ocho treinta de la noche iniciamos el recorrido rumbo a Playona. Era muy agradable pedalear de noche, muy tranquilo y fresco. En esta pedaleada subimos una de las lomas más pendientes de todo el viaje, bastante exigente, que nos puso a respirar profundo. Después de aproximadamente una hora llegamos a Playona ¡en bicicleta! No lo podíamos creer, no estaba dentro de nuestros planes.

Allí en la playa vi a una familia de nativos caminando, buscando algo. Me pregunté si estaban buscando huevos de tortuga para comérselos, pero era imposible ya que allí se protege a esta especie. Comenzamos a pedalear cerca al agua, pues en este punto la arena es un poco más dura y permite ir montados en la bici. De repente oímos: ¡Una tortuga! ¡Una tortuga!, ¡Muchachos, una tortuga!, ¡Qué vacano!

Nos acercamos a ella y qué gran sorpresa encontrar una en tan corto tiempo. Era gigantesca, medía uno con cuarenta y tres por uno con treinta y tres metros, si no estoy mal. Era hermosa e imponente, apenas venía llegando y buscaba el mejor lugar para poner sus huevos.



Intentamos no perturbarla, porque cuando se sienten atacadas o perturbadas dan la vuelta y regresan al mar. Por esto la dejamos tranquila, mientras con sus aletas traseras comienza a escarbar lentamente y con mucha destreza hace cuidadosamente el nido en donde depositará sus huevos. Con mucha paciencia excava, con una técnica excepcional, mientras sus fuertes exhalaciones nos dan una idea de cuánto esfuerzo tiene que realizar. Me hago a su lado y empiezo a sentir sus respiraciones, mientras mi hermana observa sus ojos llorar. Los nativos dicen que la tortuga Caná llora porque se siente triste al tener que dejar a sus hijos abandonados a su suerte, pero se sabe que lloran con el fin de humedecer sus ojos, pues fuera del agua se les resecan demasiado. En todo caso, ver a una tortuga llorar produce una cierta sensación de tristeza, ya que creemos que está sufriendo.

Después de cavar y cavar está listo el nido. Se acomoda con mucha precisión y cuidado y se dispone a depositar los huevos, e inmediatamente los voluntarios toman una bolsa plástica con la que cubren el agujero para que la tortuga deposite allí sus huevos, que serán llevados a una zona segura en donde serán incubados, protegidos de sus depredadores.

La tortuga comienza a depositar los huevos: uno, dos, tres, hasta setenta y tres, y al momento coloca unos treinta huevos más pequeños, infértiles. La naturaleza es muy sabia, pues la tortuga primero pone los huevos fértiles y, al finalizar, los huevos infértiles con el fin de proteger a los que se encuentran más abajo, de tal forma que los depredadores se comerán más fácil aquellos que no han sido fertilizados. Cada tortuga hace este proceso y puede poner más de cien huevos en un solo desove. Luego puede volver otras tres veces a poner casi la misma cantidad de huevos, para un total de trescientos o cuatrocientos huevos, cada tortuga, en temporada de desove. Pero, aun así, los depredadores son tantos que es necesario cuidar de sus huevos con el fin de preservar a esta tortuga de la extinción.

Engañada, por bien de su especie, la tortuga empieza a tapar el hueco que hizo con tanto esfuerzo para proteger a sus hijos, pero ellos ya no se encuentran allí, pues los voluntarios se los han llevado a un lugar seguro. Mientras tanto, con sus aletas traseras empieza a cubrir suavemente el hueco, hasta dejarlo totalmente cubierto.

Ella debe asegurarse de que sus hijos estén totalmente a salvo, y miles de años de evolución le han enseñado cómo hacerlo. Ella sabe que los depredadores están cerca y no podrá protegerlos ella misma, por lo que empieza a desplazarse en varias direcciones, moviendo la tierra de lado a lado con sus aletas delanteras. Se siente un gran poder, una gran fuerza, y entendemos por qué en el mar es tan ágil y veloz. Mientras se mueve de un lado a otro arrojando tierra, hemos perdido el punto exacto donde quedó el nido. Inhala y exhala profundamente, y, fuerte y presurosa, da unos cuantos aletazos rumbo al mar, a su hogar. Nos vamos a su lado despidiéndonos de ella y agradeciéndole por brindarnos el privilegio de conocerla y permitirnos conocer a sus futuros hijos. Llega al mar, la abrazan las olas y desaparece en su inmensidad.

Conmovidos, continuamos nuestro camino por la playa, y a los cinco minutos alcanzamos a ver otra tortuga, también a punto de poner sus huevos y la acompañamos en todo el proceso, pues es algo que no se ve todos los días. Para mí, el momento más impactante es cuando dan sus fuertes aletazos para regresar al mar y desaparecer en él. Es como un hasta luego, o, más bien, un adiós, pues de seguro no nos volveremos a ver. En total vimos cinco tortugas, y a todas las acompañé hasta el mar, hasta la despedida.



Mientras observábamos las tortugas le pregunté a Juan:

–Esas personas que están caminando por la playa, como buscando algo, ¿Que están haciendo?

Y me cuenta que, justamente ese día, el ejército había interceptado una lancha que llevaba droga. El ejército capturó a sus ocupantes y lanzó todo el cargamento al mar. El oleaje lentamente va llevando los paquetes de droga hasta la orilla, a la playa, en donde algunos “afortunados” pueden encontrarse alguno. Me cuenta además que estas capturas son muy comunes, pues esta zona es un corredor para el tráfico de drogas y de personas. Por esto, cuando se intercepta una lancha con droga, los pobladores saben a qué puntos dirigirse, a ver si la suerte los acompaña y se encuentran un paquetico, por el cual los *duros* o *jefes* les podrían pagar hasta veinte millones de pesos. Allí muchos pobladores ponen sus esperanzas y se la pasan días y días buscando un paquetico.

Volviendo a las tortugas, su vida no es muy fácil, y más aún cuando llegan a desovar. Se encuentran con basura, ruido, luces y, lo peor de todo, con turistas ¡Qué plaga tan impresionante! No me considero un turista y nunca lo seré. Soy un viajero, un deportista

en el medio natural, un amante del aire libre. No puedo aceptar que me digan turista, odio esa palabra, pues turista lo asocio con licor, rumba, basura, irrespeto por el medio ambiente. Odio eso de ir a un lugar natural a embriagarse al son de la estruendosa música. Los turistas, que van de paseo a tomarse una foto con la tortuga, no piensan en nada más.

Los habitantes nos cuentan cómo en la parte cercana a Acandí llegan las tortugas a desovar, y de inmediato una jauría de turistas se acerca a montarse encima de ellas, a tomarse fotos sin importarles nada. La tortuga, impasible, comprendiendo que no le permitirán desovar, simplemente se da la vuelta y regresa al mar con el fin de alejarse de la criatura más tonta del mundo. Esto me produce escozor, enojo, tirsteza, y más aún cuando veo pasar turistas consumiendo licor, rumbo a “observar” a las tortugas.

Horas después salimos de Playona a afrontar la gran subida que nos esperaba, una pared imposible de subir pedaleando, por lo que nos vimos en la obligación de llevar la bici en la mano durante unos treinta minutos. Alcanzamos la cima y continuamos pedaleando, para llegar a Acandí a la una de la mañana. Nos fuimos a dormir satisfechos, Diana con Diana en su cama, yo en mi colchoneta, Rubio en su cama y John en el piso, y la parejita de Lucho y Sergio a seguir compartiendo su nidito. Es un decir. Pobre Sergio, no es su costumbre. Al despertar nos reunimos para hablar un poco, como es raro en nosotros. Le contamos a Sergio cómo para nosotros es normal compartir la cama entre compañeros. Él nos dice:

– Para mí sí es una experiencia nueva la de compartir cama con un hombre. Con una mujer es más normal y ya me ha tocado, pero no se imaginan lo difícil que fue, pues cuando me desperté vi una hermosa cabellera larga y un cuerpo esbelto. Menos mal me acordé que era Lucho.

No podíamos contener nuestra risa, ¡Con las que sale este Sergio! Con mucha risa aun nos despedimos de Lucho, ya que este día regresaría en lancha hasta Titumate a encontrarse con su familia, y para nosotros sería un día de descanso total, pues era necesario que nuestros traseros se recuperaran un poco.

Es difícil para nosotros quedarnos quietos haciendo pereza, por lo que nos fuimos a caminar un rato hacia los charcos del río Acandí, en el barrio Villa Nueva. Allí el río es muy tranquilo y agradable, rodeado de verde y unas cuantas casitas. Allí nos dedicamos a dormir, a hablar, a nadar, a comer piña y mango, fue un día muy relajado, pues ya se nos venía un día fuerte de pedaleo.

Allí en Acandí nos encontramos con otro grupo de ciclomontañistas, que venían haciendo la ruta liderados por Sergio, quien fue el primero en montar este viaje en bicicleta y lo ofrece con regularidad. Nosotros les llevábamos dos días de ventaja, pero coincidíamos en Acandí. Él venía con un grupo de diez personas, de diferentes ciudades, realizando casi el mismo recorrido que nosotros.



Ya que el tramo de Acandí a Capurganá lo realizaríamos el mismo día, decidimos hacerlo en su compañía, con el fin de brindarnos apoyo. Esta parte en bicicleta también me causaba preocupación, ya que el terreno fue muy complicado la vez anterior, por lo cual no lo habíamos hecho en bicicleta. Pero observando las condiciones del camino en los tramos anteriores, decidimos continuar el viaje con nuestra amiga bicicleta. Y qué bueno que lo hicimos.



El jueves diecisiete de abril, día de la última pedaleada, madrugamos por un buen desayuno, que habíamos encargado la noche anterior. Al llegar no había nada listo, y doña amargada va diciendo con su típico tonito malaclase: “Ellos no encargaron nada, no avisaron, pero se les prepara”. Nos da esa rabiecita como con ganas de irnos, pero al ser complicado conseguir desayuno en otro lado, decidimos aguantar y quedarnos.

Desayunamos y salimos a encontrarnos con el otro grupo para disfrutar de la última pedaleada. El recorrido inició por carretera destapada, todo muy tranquilo, poco a poco íbamos notando como el camino se encontraba en muy buenas condiciones. Entre gigantescos potreros nos dirigimos hacia el llamado Valle de los ríos. El camino se encontraba en óptimas condiciones, aunque los ríos seguían estando bajos en esta zona, lo que nos facilitó, en parte, el recorrido.

Desde lo lejos empezamos a ver la loma que nos faltaba por afrontar, la loma del cielo, con un ascenso de unos doscientos treinta metros, en tres kilómetros en donde era necesario cargar la bicicleta.

Llegamos al río Astí, donde nos damos el último baño, y luego nos dirigimos a la finca La Palmira, en donde empieza el ascenso. Unos metros en ascenso los logramos hacer pedaleando, hasta el punto en donde es necesario echarnos la bicicleta al hombro. Afortunadamente para mí, el espasmo había desaparecido en un noventa por ciento, y no tuve problema alguno para cargar la bicicleta.



Creo que fue más de una hora arrastrando y cargando la bicicleta hasta el alto, sudando hasta lo que no teníamos. Era curioso como los viajeros del otro grupo se impresionaban al ver a las Dianas llevar el ritmo de todos y echarse la bicicleta al hombro. Parecían con cierta incredulidad frente a ellas. Para nosotros era algo normal, pues siempre las hemos visto como mujeres muy fuertes, que nos pueden seguir o dejar tirados en cualquier momento.



Loma del cielo-Capurganá

Ya en la cima, Diana V. está ansiosa por ver a Jaime iniciar el descenso. Jaime venía con el otro grupo, pero es un conocido nuestro. Un amante de los descensos complicados, a quien Diana ya había visto realizar algunos. Él inicia su descenso adelante, pero inmediatamente nos damos cuenta que el camino no se presta para hacerlo debido a los huecos y raíces.

Un camino así no lo desciende nadie. Obviamente tuvo que cargar la bicicleta en varios tramos y descender los que se lo permitían. Mientras tanto nosotros íbamos con la bicicleta en la mano, hasta el punto en donde el camino se vuelve más transitable. Allí nos reagrupamos y continuamos el descenso.

Yo también disfruto mucho de los descensos, y me fui adelante a buena velocidad, contemplando el bosque y los arroyos. Lastimosamente, más adelante, una curva me gana y el suelo me da una maravillosa caricia ¡Qué caída! Buen golpe y buen morado en el muslo, pero nadie me vio, ninguno se dio cuenta. Allí pasé el dolor y esperé al grupo. Continuamos el descenso y me fui de nuevo adelante, ya que estaba muy divertido y el dolor había pasado.

Cerca de Capurgana empezamos a ver muchos turistas, que nos miran perplejos y se preguntan de dónde venimos en bicicleta. Es extraño para ellos. Algunos nos preguntan y les contamos sobre nuestro viaje, resumidamente.

Finalmente llegamos a Capurganá, en donde terminaba nuestra pedaleada. Nos dirigimos al mar a descansar un poco y a comer arroz con camarones acompañados de limonadita de coco. Eso sí, Diana V. no se perdió su sagrada salsa con patacones, esta vez con camarones. Muy costosos, por cierto.



Nos despedimos de los compañeros del otro grupo, ya que ellos se quedarían en Capurganá y nosotros continuaríamos caminando hasta Sapzurro. Nos dirigimos entonces a buscar el lugar en donde dejaríamos las bicicletas guardadas, ya que, de regreso, la lancha nos recogería en Capurganá, y no tenía sentido llevar las bicis a Sapzurro para traerlas de regreso. Un conocido de John nos guardó amablemente las bicicletas hasta el sábado, día en que retornaríamos a Medellín.

A las cinco de la tarde tomamos camino hacia Sapzurro. Nos esperaban unas dos horas para llegar al hotel en donde descansaríamos esa noche. El camino es muy agradable, con mucho bosque y el sonido de los monos aulladores acompañándonos. Después de un rato se torna bastante pendiente, pero afortunadamente ya estaba anocheciendo y no hacía mucho calor. Llegamos al punto más alto desde donde se divisa, Capurganá de un lado, y Sapzurro del otro: una preciosa panorámica. Ya de noche continuamos con el descenso. No sé qué sucedió, pero, de repente, todos nos quedamos callados. No se escuchaba ni una palabra, solo caminábamos sin encender nuestras linternas, disfrutábamos de la noche y del bosque, mientras la luz de la luna iluminaba nuestro camino.

Ya cerca a Sapzurro el silencio se pierde cuando nos acordamos del pobre Hernán y su uña encarnada. Venía atrás, sufriendo con el empinado camino, mientras la uña golpeaba contra el zapato al ritmo del descenso. Llegamos a la playa y empiezo a notar como en solo dos años la cantidad de casas, hostales y hoteles ha aumentado de manera considerable. Ya no era el lugar tan tranquilo que recordaba de antes, pero seguía teniendo cierta magia al estar ubicado entre el mar y el bosque.

Llegamos a descansar al hotel, en una habitación con seis camas, ventiladores y el infaltable toldillo y nos vamos a cenar para empezar a recuperarnos después de una larga jornada.



Pasé una noche tranquila. Si me picaron dos mosquitos, fue mucho. Mientras tanto, en la mañana, Diana V., con expresión de risa enojada, nos cuenta que se sintió múltiples veces violada por los mosquitos ¡Qué pecao! En la noche sintió tanta desesperación que pensó que moriría desangrada, y nos confiesa que estuvo a punto de gritar: “¡Muchaaachos, corran, corran, que nos quieren comer cocinados y desangrados!”.

Fue picada sin compasión, y John y Hernán también, no sé por qué tan cotizados ellos con los mosquitos, cuando, supuestamente, venían tomando tiamina días antes con el fin de evitar que los picaran. Por mi parte nunca me he tomado ni una pastilla de esas y nunca me atacaron de forma tan impresionante. Estoy por pensar que eso de la tiamina es puro cuento. O que nos lo diga Diana.

Algunos tranquilos y descansados, otros picados y desangrados, nos levantamos a desayunar con mucho relajajo, pues el viaje se estaba acabando. Solo nos faltaba una corta caminata a La Miel, en Panamá. Estábamos a punto de pasar a otro país, que antes fue otro Departamento de Colombia.



Para lustración de los lectores, Colombia perdió a Panamá en 1903, en la etapa de la Regeneración proclamada por Rafael Núñez, un movimiento político de finales del siglo XIX que buscó reformar lo establecido por la Constitución de 1863, mediante la cual se crearon los Estados Unidos de Colombia y que convirtió al país en una república federal. Panamá fue vendida por tan solo por veinticinco millones de dólares, para quedar en poder de los Estados Unidos. De esta forma, Colombia ha perdido más de un millón de kilómetros cuadrados por gracia de algunos tratados, concesiones y gobernantes ineptos. Me parece importante recordar algo de la historia en este relato, pues también de eso se trata viajar: de aprender, de enseñar, de recordar, etc.

Continuando con nuestro viaje, nos encontrábamos desayunando, muy tranquilamente, cuando mi hermana me pregunta:

–Er, ¿Cierto que para pasar a La Miel necesitamos el pasaporte?

Vi en su rostro la expresión de picardía, pidiéndome con su mirada que respondiera afirmativamente. Me di cuenta que le quería jugar otra broma a John y a Hernán. Le respondí que sí, que claro, que era obvio, mientras ella, en son de regaño, con cara de mamá indignada, les reclamaba a John y Hernán que cómo se les ocurría no traer el pasaporte, que era obvio, ya que pasaríamos a otro país. Realmente, para pasar a La Miel no es necesario presentar el pasaporte, pero John y Hernán se comieron el cuento completo, y solo decían que no se habían dado cuenta cuando habían puesto esa norma para pasar a la Miel. Nosotros, mientras tanto, hacíamos el mayor esfuerzo por mantener la farsa de la sorpresa y el enojo.

Preocupados y ya casi resignados a no pasar a La Miel, los dos personajes, convencidos por la maldad de las Dianas, se comunican muy temprano con sus familias para que les escaneen el pasaporte y se los manden por Wasap. Sus familias, muy preocupadas, buscan la forma de enviárselos lo más rápido posible para que pueden ingresar sin problema, mientras Soraya, la señora que nos servía el desayuno, nos daba la razón cuando, frente a John, le preguntamos:

–¿Cierto que para pasar a La Miel se necesita pasaporte?

Ella notó inmediatamente que se trataba de una broma, y seguidamente nos dio la razón y dijo que sí, lo que terminó de dejar frío a John. Después de un rato nos organizamos para ir a La Miel, mientras algunos esperaban sentados y resignados. Soraya se encontraba recogiendo algunos platos cuando John dice:

–No importa, vayan ustedes que nosotros nos quedamos por aquí, caminando.

Inmediatamente Soraya suelta la carcajada burlándose de la inocencia de John. Nosotros no lo pudimos evitar y comenzamos a reír, con lágrimas en los ojos, mientras John apenas se daba cuenta de la broma y pensaba en su venganza por ese sufrimiento que le hicimos pasar. Ya con la trampa descubierta nos fuimos a subir las escalas que nos llevan a la frontera con Panamá, mientras a John le van llegando los pasaportes a su celular, apenas para seguir con el chistecito.

Presentamos nuestras cédulas en la frontera y esperamos a que autorizaran el paso, lo que se demoró un poco ya que había mucha gente. Después de un rato pudimos continuar hacia La Miel, dirigiéndonos a Playa blanca. Allí, el paisaje es atractivo, elevadas montañas que me hacen dar ganas de ir a explorar en una próxima ocasión, un mar azul, palmeras, prado verde y playa blanca. Allí nos quedamos un rato a hablar, descansar y disfrutar del paisaje, mientras John empezaba a darse su dosis de “coco loco”, una bebida que consiste en agua de coco con piña colada y ron, que se preparan dentro del mismo coco.



Playa blanca- En la Miel Panamá

El mar se veía atractivo, como para darse un chapuzón, pero, la verdad, nunca me ha gustado mucho la playa ni el agua salada. Después de tantos días viajando a orillas del mar no me había metido ni una vez en él, y no lo iba a hacer. Mi hermana tomó su careta y se fue un rato a nadar. Cuando regresó, me contó lo que yo ya sabía: en este punto el mar no es nada más que un basurero, el lugar en donde los turistas y dueños de los negocios arrojan toda su basura para evitar el esfuerzo de transportarla o manipularla de manera adecuada. Desde afuera todo se ve muy limpio, pero, dentro del mar, se puede ver la cloaca que es, nadie lo cuida, en el fondo ya no hay peces. Solo botellas, vasos, platos y cucharas plásticas. Es decepcionante ver que las personas creen que este pequeño paraíso –que ya dejó de serlo– les durará toda la vida, tratándolo como lo hacen.

Ya entrada la tarde decidimos regresar a Sapzurro. Hernán decide quedarse con John, ya que aún quiere seguir disfrutando de su coco loco número quince. Mi hermana, Diana V.,

Sergio y yo regresamos caminando a Sapzurro, para recorrer sus playas hasta Cabo Tiburón.

A las cinco de la mañana del día sábado 19 de abril iniciamos nuestro viaje de regreso. Salimos caminando de Sapzurro a Capurganá, pues la lancha salía rumbo a Turbo a las ocho. Llegamos a las siete a recoger nuestras bicicletas para dirigirnos al muelle, donde nos esperaba el transporte.

Como es normal, la salida se retrasó casi una hora, ya que el desorden es algo típico en este muelle. Ubicamos las bicicletas y, rápidamente, nos montamos en la lancha, intentando asegurar nuestros puestos en la parte de atrás, porque allí no se sienten tanto los fastidiosos y peligrosos saltos que da la lancha, aunque, por fortuna, el mar no se encontraba picado (con mucho oleaje), pero aun así me daba algo de lástima por la personas que iban adelante, pues años atrás me tocó soportar esas dos horas de viaje con muy buenos golpes.

Después de dos horas y media llegamos a Turbo. El viaje estaba terminando, solo nos faltaban ocho horas en bus hasta Medellín para recordar y empezar a planear el próximo viaje, la próxima aventura.

Así finalizó nuestro viaje. Una excelente aventura, momentos inolvidables como en cada viaje, muchas anécdotas por contar, muchos aprendizajes y muchas ganas de seguir conociendo nuestro país, ¡ah! y si es posible, en nuestras bicicletas.

¡Buena bicicletada!





Referencias

Gobernación de Antioquia. (2008). *El Urabá antioqueño: un mar de oportunidades y potencialidades*. Medellín: La Gobernación.

Pinzón, M. M. (2006). La regeneración, la constitución de 1886 y el papel de la iglesia católica. *Civilizar, Revista Electrónica de Difusión Científica*, 11.

Pueblos originarios. Sitios arqueológicos: Complejo Cultural Urabá – Tierralta. Recuperado el 8 de octubre de 2014, del sitio web:
http://pueblosoriginarios.com/sur/caribe/uraba_tierralta/uraba_tierralta.html

Rios, M. A. (2002). *Identidad y religión en la colonización del Urabá antioqueño*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.